

usurpado despues de la paz de Angsburgo. De ello resultaría un descontento universal contra Fernando, y de él se sacaría partido para llamar al rey de Francia, el cual invadiría el imperio como protector de la libertad germánica pisoteada por el duque de Wallenstein. Al mismo tiempo se fundaría una república en los Países-Bajos, y con el apoyo de los Holandeses sería fácil quitar á España sus colonias, arruinar su comercio y encerrarla en la Península. Entónces dejaría de ser la Casa de Austria, (1).

Ponemos en duda que ese discurso del cardenal sea serio; el analista imperial habrá puesto en boca de un príncipe de la Iglesia los temores que no se atrevía á expresar en su propio nombre. Lo cierto es que la ambición de la Casa de Austria aterró á la Europa y provocó la coalición de Francia, Suecia, Holanda y los protestantes de Alemania para sostener la libertad de los príncipes y de la república. Esos propósitos se descubrieron ya en el año 1636, ántes que Richelieu hubiese tomado una parte activa en la lucha; no es, pues, él quien ha inventado el espantajo de la monarquía universal. Tenemos un testimonio interesante de la opinión general en el discurso de un embajador, de Bethleem Gabor, que el cardenal Caraffa nos ha trasmitido. Para formar una coalición contra la Casa de Austria se abrieron conferencias en el Haya. "Esa Casa, dijo el príncipe de Transilvania, no ha cesado de aspirar á la monarquía universal. Principia Fernando por subyugar la Alemania; y destruida la libertad germánica, ¿qué será de la independencia de Holanda, de Dinamarca, de Francia y de Inglaterra? No hay más que un medio de prevenir ese peligro, y es el de que todos aquellos que deben temer la preponderancia de uno solo unan sus fuerzas y tomen partido á favor de los oprimidos; mientras que combatan aislados, su derrota será segura. Hay que comprometer en la alianza al rey cristianísimo, al duque de Saboya, á la república de Venecia y al Turco mismo, puesto que se trata de la salud de todos los pueblos," (2). Nosotros añadiremos, con un gran historiador, que ántes que del equilibrio europeo, se trataba de la libertad de pensar, y, por consecuencia, de la civilización moderna. La dominación de la Casa de Austria ha

sido funesta á la cultura intelectual, así en España como en Alemania, lo cual era inevitable, porque la monarquía universal lleva en pos de sí el despotismo civil y religioso. ¿Qué hubiera sido de la Europa si la reacción católica hubiera triunfado? Una especie de Turquía cristiana, como dice Juan de Müller (1).

§ III — Los protestantes de Alemania.

I.

Los príncipes protestantes tenían que defender la libertad religiosa, amenazada por la reacción católica, cuyo jefe era Fernando. En otra parte hemos dicho que no supieron ni prevenir el mal ni combatirlo (2). Lo mismo á los príncipes protestantes que á la Alemania les faltaba espíritu de unidad; y en vez de servir la Reforma de lazo de unión, aumentó la discordia: luteranos y calvinistas se odiaban recíprocamente más todavía que al enemigo común. Cuando el elector palatino fué llamado al trono de Bohemia, les hubiera sido fácil anonadar para siempre á la Casa de Austria y asegurar la preponderancia, ya que no la dominación en Alemania, al protestantismo; bastaba para ello que se hubieran unido contra el enemigo común. Pero en lugar de eso se vió, ¡cosa increíble! al más poderoso de los príncipes luteranos aliarse con el emperador y contra sus correligionarios. Y es que el elector palatino era el jefe del calvinismo, y el duque de Sajonia un luterano fanático, á lo cual hay que agregar el miserable interés de engrandecimiento territorial. Hé ahí cómo aconteció que el príncipe que hubiera debido ponerse al frente del partido protestante contra las invasiones del catolicismo hizo traición á los intereses de la Reforma.

La causa del protestantismo no encontró defensores más que en algunos heroicos aventureros. Despues de su derrota y su muerte fué necesario recurrir á la intervención extranjera. Débilmente socorrido el rey de Dinamarca por los protestantes, en cuyo interés había tomado las armas, sus aliados le abandonaron en cuanto fué vencido. El protestantismo, así como la libertad de Alemania,

(1) J. VON MÜLLER, *der Fürstenbüd*, c. XIV: «Die Christenheit Würde an Licht und Cultur unter ihnen ziemlich türkisch geworden sein.»

(2) Véase la parte novena de mis *Estudios históricos*.

(1) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandi*, t. XI, p. 427-430.
(2) CARAFFA, *Germania sacra*, p. 238.

hubieran sucumbido si para salvarles no hubiese enviado Dios á Gustavo Adolfo. Los príncipes alemanes no se atrevieron á pedir su intervención, ni siquiera á pronunciarse en su favor, y trataron como enemigo al que venía á salvarles; sólo cuando la victoria se declaró por el héroe sueco se colocaron bajo sus banderas, y esto bajo la impresión de la necesidad. Aun despues del edicto de restitución, y despues del acto expoliato del duque de Mecklemburgo, no comprendieron que la unión era su única esperanza de salud. Mientras que vivió el rey de Suecia fuerza les fué someterse al ascendiente de un espíritu superior; pero despues de su muerte todo se desbarató. Richelieu y el canciller Oxenstiern ensayaron ó trataron de unir á los Estados protestantes en una fuerte liga que pudiese obligar al emperador á una paz religiosa y política; pero los más poderosos de entre los príncipes, los electores de Sajonia y de Brandemburgo, rehusaron firmar la liga de Heilbronn y negociaron con Fernando. La derrota de Nordlingen produjo la defección general: se creía infalible la ruina de los Suecos, y los príncipes corrían á someterse á la paz de Praga para reconciliarse con el vencedor. Solamente el landgrave de Hesse y algunos condes del imperio permanecieron fieles á la alianza. Sin embargo, las convenciones de Praga no produjeron el único beneficio que podían dispensar al imperio, la paz; y la Suecia y la Francia continuaron la guerra por la libertad alemana, sin el concurso de los príncipes y hasta contra ellos. El período francés de la guerra de los treinta años fué funesto á la Casa de Austria. Fernando II, vencido y abandonado del único aliado que le quedaba, el duque de Baviera, se vió obligado á firmar la paz, y el tratado de Munster desmembró la Alemania en provecho de la Suecia y de la Francia; aseguró la libertad religiosa á los príncipes protestantes, y para garantizarla dióles una independencia casi completa, en detrimento de la unidad y de la fuerza del imperio.

II.

Los historiadores alemanes deploran la paz de Westfalia porque desgarró el imperio y le debilitó hasta el punto de ponerlo bajo la dependencia del extranjero; acusan á los príncipes protestantes de aquel funesto resultado; de haber sido ellos los que

llamaron al extranjero, los que dieron á Francia y Suecia el pretexto de la libertad alemana y de la libertad religiosa, grandes palabras con las que los enemigos de Alemania fomentaron una guerra horrorosa que, despues haber arruinado y desmembrado el imperio, destruyó su influencia política. Nosotros creemos que los príncipes protestantes no son culpables del crimen de que se les acusa; de lo que se les debe acusar es de no haber sabido defender la causa del protestantismo y hasta de haberle comprometido con sus eternas discordias, origen de su deplorable debilidad. Si hubiera de juzgarse á los príncipes del siglo XVII con arreglo á las ideas y aspiraciones del siglo XIX, indudablemente sería necesario increpar su egoísmo y falta de inteligencia de los verdaderos intereses de la patria alemana. Pero nuestras ideas y nuestras aspiraciones eran completamente desconocidas por la Alemania de aquella época. Oigamos á los contemporáneos; las pinturas que hacen Franceses y Suecos de sus aliados son todo ménos que lisonjeras para el patriotismo alemán; pero para juzgar á los hombres hay que considerarles tales como son y no como quisiéramos que fuesen (a).

Richelieu dice que los Alemanes no tienen más móvil de su conducta que el interés. "Tienen un carácter tan mercenario, que no hay promesa, por solemne que pueda ser, á la cual no falten por dinero," (1). La religión y la libertad del imperio son el primero de sus cuidados, dice el historiador del mariscal de Guebriant; y si han tomado nuestro partido más bien que el del emperador, es por codicia (2). Los Suecos hablan de sus aliados en tono todavía más despreciativo. Durante las deliberaciones de Heilbronn, ¿qué hacían los príncipes protestantes ó sus plenipotenciarios? "En vez de contribuir á su causa, dice Oxenstiern á Feuquières pasan el tiempo emborrachándose," (3). Un testigo ménos apasionado, el conde Brahe, asistió á la dieta de Francfor; su relato concuerda con los testimonios que acabamos de aducir: "Los príncipes se divierten aquí, dice, sin inquietarse cosa alguna por el bien común; ó si en ello piensan, es para criticar á la Suecia y envidiarla la dirección de los asuntos. El duque de Sajonia hace el oficio de chis-

(a) Por este sistema no hay nada que no pueda justificarse ó condenarse.—(N. del T.)

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. IX, p. 410.

(2) LE LABOUREUR, *Hist. del mariscal de Guebriant*, p. 364.

(3) FEUQUIÈRES, *Negociaciones*, t. I, p. 40.

moso; el elector de Brandemburgo no tiene más que una ambición, poseer la Pomerania; el duque de Weimar aspira á ser independiente y asegurar su engrandecimiento; los duques de Brunswick y de Luneburgo están en pugna con el landgrave de Hesse; la nobleza y las ciudades se disputan el rango y las preeminencias; cada cual va tras de su interés, y la una tiene envidia de la otra; los grandes y los pequeños se dejan ganar por el oro francés,, (1).

Esas divisiones de los príncipes protestantes, que escandalizaban á los aliados, tenían raíces profundas en el genio de la raza alemana, cuyo mal aspecto era el que únicamente veían los Suecos y los Franceses. El espíritu de individualismo ha engendrado la Reforma y producido la rica variedad que distingue la cultura alemana; pero en el terreno político resultaba pequeñez de miras, intereses mezquinos y debilidad extrema. Hoy mismo que el sentimiento de la patria se ha despertado en Alemania y que se agita por la unidad, continúa dividida é impotente (2): ¿cuál debería ser el caos en el siglo XVII, ántes de la mediatización y cuando el imperio contaba por centenares los Estados? Sin embargo, en aquella aparente anarquía se notaba una tendencia dominante, la de la separación, es decir, la soberanía cada vez más completa de los príncipes, la disminución y áun podría decirse la anulación del poder imperial. Al principio de la guerra de los treinta años, el elector de Tréveris se puso bajo la protección de Francia, y en su manifiesto de justificación dice: "Los Alemanes reconocen el poder del emperador; pero de tal manera, que más parece que son los que mandan que los que obedecen; por lo ménos quieren ser iguales á él. Es esto tan cierto, que el emperador Maximiliano solía decir que, entre los reyes de la cristiandad, uno era rey de las almas, otro rey de los hombres, pero que el emperador era rey de los reyes, calificando de reyes á los príncipes del imperio; y en verdad que son reyes de sus dominios con autoridad sobre los súbditos y hasta sobre el mismo emperador, que es tal emperador por ellos,, (3). Esto es lo que hacía decir á Richelieu que el imperio

(1) GEYER, *Geschichte Schwedens*, t. III, p. 294.

(2) Esto se escribía en Junio de 1659.

(3) *Justificación de la conducta del elector de Tréveris (Negociaciones secretas para la paz de Munster*, t. I, p. 56).

era una monarquía mixta en la cual había mucho de república (1).

Fernando amenazó cambiar la república en monarquía, lo cual hubiese sido una revolución en el interior del imperio y un peligro para la Europa (a). La tendencia secular de la Alemania era la descentralización, como hoy decimos: en vano habían intentado los emperadores en la Edad Media recuperar el poder que pasaba á manos de los duques; el espíritu de división inherente á la raza fué más fuerte que el genio de los Enrique y Federicos. Viniendo al siglo XVI, Carlos V quiso hacer la corona imperial hereditaria en su familia; pero encontró una resistencia unánime: la misión de la nación alemana se oponía á la unidad, lo que equivale á decir que Fernando quería cambiar una cosa que era providencial. La libertad de la Europa estaba en ello interesada tanto como el destino de la Alemania. Oigamos á los plenipotenciarios franceses en el congreso de Munster: "Los enemigos de la Francia dan por seguro que si los miembros divididos de este gran cuerpo (Alemania) pudieran reunirse todos para obrar de concierto bajo la dirección de un jefe, habría pocas potencias capaces de resistirle,, (2). Los príncipes alemanes y la Francia tenían, por consiguiente, el mismo interés en debilitar el poder del emperador.

Al comenzar las negociaciones de Munster, los embajadores de Francia escribieron una carta-circular á los príncipes del imperio para decidirles á que se hicieran representar en el congreso. La carta decía entre otras cosas: "La Casa de Austria aspira á la monarquía de la Europa, y quiere fundar en el imperio la base de la soberanía... Hé ahí por qué quita á las leyes su fuerza, á los magistrados sus privilegios, lo mismo que á todos los Estados del imperio... La opresión de los príncipes es la causa de la guerra; para tener una paz segura es preciso garantizar sus derechos; de lo contrario, la libertad germánica marcha á su fin, y el emperador habrá echado y afirmado el cimiento de su monarquía,, (3). El llamamiento fué escuchado y seguido el consejo, resultando que la paz de Westfalia hizo de la Alemania una república de príncipes:

(1) *Memorias de Richelieu*, t. X, p. 122.

(a) ¿Pues qué otra cosa eran entonces todos los gobiernos de Europa más que monarquías absolutas de hecho?—(N. del T.)

(2) *Negociaciones secretas para la paz de Munster*, t. II, p. 80.

(3) *Negociaciones secretas para la paz de Munster*, t. I, p. 248.

garantizó su soberanía territorial, les dió tantos derechos y dejó tan pocos al emperador, que el imperio no fué más que una dignidad nominal y sin fuerza alguna, permitiendo á los Estados hacer alianzas entre sí y áun con el extranjero para su conservación, mientras que al emperador no se le dejaba el derecho de declarar la guerra. Una confederación puede ser poderosa con tal que el lazo entre los confederados mantenga y asegure una acción común; pero esa unidad era imposible en el imperio de Alemania por efecto de la división entre protestantes y católicos. Cuando había oposición entre las dos confesiones, tenía que recurrirse al arbitraje y negociarse como si se tratara de un arreglo entre Estados extranjeros y enemigos. En realidad, no quedaba más que un solo interés común, la justicia; pero la justicia acabó también por localizarse (1).

¿Hay que deplorar esa división de la Alemania? De antemano hemos respondido á esta pregunta: el historiador no puede lamentar que la Alemania no haya llegado á concentrarse en una poderosa unidad como la Francia. Es más que probable que la nación alemana hubiera pagado cara la fuerza que da la centralización (a), porque hubiese abdicado su genio, lo cual equivale á decir que lo que se echa de ménos era un imposible. Pero áun continuando separados, conservaban intereses comunes los Estados de Alemania, y ese lazo de unión es el que relajó demasiado la paz de Westfalia. ¿Hay que culpar de ello únicamente á los príncipes, sobre todo á los protestantes? Cuando los tratados que ponen término á una guerra exageran los principios de libertad y de independencia, se puede estar seguro de que son una reacción contra el exceso contrario, el peligro de la dominación absoluta de un hombre ó de una familia. Se imputa á los protestantes la debilidad y el fraccionamiento de la Alemania; el verdadero culpable es Fernando, es la reacción católica de que era instrumento.

III.

La guerra de treinta años es la lucha suprema entre el catolicismo y el protestantismo. Hoy se pregunta si esa lucha era fatal é inevitable. Era

(1) MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VIII p. 246-251.

(a) ¿Más cara que pagó la guerra y la desmembración?—(N. del T.)

necesaria en el sentido de que la Iglesia no podía renunciar á su dominación, que creía ser de derecho divino. Pero las condiciones del combate dependían de la previsión de los partidos que en él se empeñaron. Los protestantes hubieran podido resistir á la reacción católica y aun contenerla si hubiesen unido sus fuerzas; pero en vez de ligarse contra el enemigo común, se despedazaban entre sí, resultando de ello que el catolicismo ganaba terreno, mientras que lo perdía la Reforma. No obstante, por un concurso feliz de circunstancias, cuando estalló la guerra de los treinta años, la Casa de Austria se encontró asaltada por mil enemigos. Era aquella una ocasión que la Providencia ofrecía á los protestantes; pero éstos, lejos de aprovecharse de ella, se dividieron hasta tal punto, que el príncipe considerado como el jefe del protestantismo alemán se pronunció á favor del emperador. Desde aquel punto ya no hubo más que un medio de salvar la Reforma, el auxilio del extranjero (a), y la Suecia y la Francia intervinieron para defender la libertad religiosa y el equilibrio político igualmente amenazados por la preponderancia de la Casa de Austria. ¿Qué partido debían tomar los príncipes protestantes en tan gigantesca contienda? Debían correr á las armas y censurarlas en la mano para contrabalancear la influencia de las fuerzas extranjeras y arrancar al emperador una paz que pusiese á cubierto sus derechos religiosos y políticos. Si hubieran obrado así, la guerra no hubiera durado treinta años, y Suecia y Francia no hubieran dictado las condiciones de la paz. ¿Por qué dominaron los extranjeros en Munster y en Osnabruck? Porque ellos solos ocupaban los campos de batalla. Los príncipes alemanes no ejercieron influencia, porque los unos, como aliados del emperador, estaban vencidos y extenuados como él, y los otros, que constituían el mayor número, al decidirse por la neutralidad, se habían condenado á sí mismos á la impotencia. Esta es la gran falta que nosotros imputamos al elector de Sajonia y á los protestantes que accedieron á la paz de Praga.

Los protestantes, reunidos en Heilbronn, escribieron al rey de Inglaterra que su liga tenía por único objeto la defensa de la religión y de la li-

(a) Esto es cabalmente lo que niegan hoy distinguidos historiadores y políticos alemanes.—(N. del T.)